

YO SOY LA AUTORIDAD POLÍTICA SUPERIOR: CATARSIS, DENUNCIA Y SUBVERSIÓN¹

Alma R. Aguilar

Con *Yo soy la autoridad política superior*, una novela política, valiente como pocas en el país, Alex Solís incursiona en la narrativa abordando un tema de candente actualidad: el poder.

El autor recoge las múltiples representaciones que sobre el poder prevalecen en el imaginario colectivo social, de manera que la aventura en busca de la fisionomía de esa autoridad política superior atrapa al lector a lo largo de la narración.

La novela narra una confabulación política: la historia de Antonio Monge, quien en algún país de América Latina, se enfrenta –solo, sin recursos ni aliados- a la concentración de poder, la corrupción de las estructuras políticas y la dictadura mediática. Se trata de un relato cautivante por la tensión que genera el desigual enfrentamiento entre el divino Salvador Áureo, detentor del poder y Antonio Monge, un idealista defensor de los tantas veces avasallados mandatos constitucionales.

Antonio logra un importante puesto público desde el cual debe custodiar el patrimonio público y velar por los principios que sustentan un estado social de derecho. Jura ejercer su cargo con independencia del grupo detentor del poder político y económico en el país. Tal posición causa el mayor disgusto a Salvador, quien ayudado servilmente por políticos, grupos económicos y medios de comunicación emprenden la persecución más encarnizada jamás vista en ese paradisíaco país de paz. No descansan hasta completar lo que fuera un verdadero linchamiento público: la destitución del indefenso Antonio y el menoscabo de su imagen pública. A pesar del gran daño que le ocasionan las aplastantes y oscuras fuerzas del poder, y la pérdida de esta batalla desde la cuestoría, Antonio se mantiene firme en sus convicciones y en paz consigo mismo.

Con un estilo fluido que combina ágilmente la ironía, el tono satírico y la parodia se configura una impactante denuncia en la que se amalgaman ciertos elementos emblemáticos para conformar la isotopía del poder.

En el tejido textual, los componentes narrativos se imbrican solidariamente bajo la figura de la oposición para enfatizar la relación de fuerzas que se propone evidenciar. Es así como la estrecha relación entre el espacio, el programa narrativo y los personajes, además de jugar un papel preponderante en la construcción del sentido del texto, intensifica el antagonismo ideológico que dinamiza la trama.

Sobre los personajes

Uno de los aciertos técnicos del novel escritor lo constituye la construcción de personajes verosímiles cuyos perfiles definidos dan cuenta de una sólida hipótesis sobre los manejos del poder.

El texto convoca una constelación de arquetipos que, fascinados con el poder, son arrastrados como en un torbellino por la perversa dinámica de sus pasiones e intereses. De

¹ Publicado en *Revista de Comunicación* (Cartago: Instituto Tecnológico de Costa Rica, v. 18, a.30, n. 1, 2009) pp. 87-90.

manera que la sátira política nace de la exposición de un abanico de debilidades humanas en siniestra concatenación: la sed de poder de Salvador, arquetipo del poder político; la avidez del ordinario y prepotente Rómulo Palacios, arquetipo del poder económico; la deslealtad de los amigos Laurencia y Heriberto, arribistas y calculadores. La perversa y aguda inteligencia Tío Paco que siempre actúa en la sombra. La ambición de la seductora y traidora Fabiola Bustos.

Y por supuesto, en ese desolador panorama humano, la figura abyecta de Jaime Díjeres devela la capacidad devastadora de hacer el mal que posee el periodista generador de opinión, cuya posibilidad de manipular la información le permite construir y destruir una reputación a su antojo.

El grupo de Salvador Áureo es numeroso y altamente cohesivo, he ahí su fortaleza. Por el contrario, Antonio no logra reunir a su alrededor más que unas cuantas personas de buena fe, básicamente varias mujeres benefactoras pero obviamente sin poder alguno.

Antonio Monge es un personaje que cumple una doble función. Por un lado, la que le corresponde desde su individualidad psicológica. Por otro lado, puede ser interpretado como un proyecto social que se construye como resultado de una abstracción, cuyo rol actancial es el del ciudadano común y corriente que sueña con enfrentarse al poder, con combatir la corrupción.

Ciertamente el protagonista se construye a partir de un referente real, no obstante, conforme avanza la narración se nutre de los rasgos vitales de todos aquellos que sufren la misma indefensión y se reconocen ciudadanos conscientes de la realidad circundante en la que predominan los excesos áureos.

Tal es el arquetipo, del ciudadano crédulo y bien intencionado, confiado en la institucionalidad del país y víctima de la mayor indefensión en el seno de una pretendida democracia. Por eso Antonio es más bien ingenuo y, "demasiado bueno" en opinión de algunos, y, aunque pueda parecer inverosímil, en realidad recoge las aspiraciones y esperanzas de muchos.

El contenido

Más allá de su dimensión fundamental estética y recreativa, la literatura cumple funciones diversas. Esta novela desarrolla un tema de actualidad desde la experiencia personal; parte de lo singular para inscribirse en la universalidad, expone la riqueza ideológica de un pensamiento dando así a la obra una trascendente dimensión social, psicológica y filosófica que le abre las puertas de la posteridad.

El texto se convierte en un espacio para descubrir un pensamiento político, encierra una propuesta subversiva: pone en evidencia la reiterada confrontación entre el conocimiento y el poder. Antonio encarna la conciencia crítica y el conocimiento ideológico que postula la necesidad de que el poder sea ejercido para servir al bien común. Salvador Áureo, postula lo contrario, el poder como un fin en sí, y construye a lo largo del texto todo un eje conceptual sobre las reglas que permiten consolidar el poder. Y más aún, efectúa un proceso de demostración y validación de las mismas, al ponerlas en práctica sometiendo voluntades y alcanzar sus objetivos de controlar el país.

Pero a pesar de la derrota de Antonio, lejos del desencanto, en el proyecto global de significación, subyace una invitación a no guardar silencio, a seguir la ruta trazada por el texto entendiéndolo como mecanismo subversivo para deslegitimar a la autoridad política superior.

Sobre el escritor

Desde la reciente publicación de su poemario entre Memoria y olvido, hasta ahora, tanto en las entrevistas radiales como en los diferentes conversatorios en torno a la novela, ha surgido reiteradamente la misma pregunta: ¿Si los hechos no se hubiesen desarrollado de manera tan dolorosa, Alex Solís habría continuado en su trinchera intelectual y política? ¿Se habría lanzado igualmente a incursionar en la literatura?

Ciertamente para responder a esa pregunta hay que conocer su obra anterior; básicamente asociar la novela con su último ensayo: Reyes sin corona, del año 2002. Muchos de los principios que plantea en ese ensayo su obra ensayística constituyen ejes conceptuales que estructuran la novela de manera.

Existe en su obra ensayística una fuerte y entusiasta vena social que, más tarde o más temprano, impulsaría la búsqueda de nuevas formas de expresión de ese compromiso personal, que es, más que nada, respuesta a un imperativo de solidaridad humana. Por eso, no es de extrañar que las condiciones adversas hayan propiciado la obra cuyo contenido se había gestado desde hacía mucho tiempo en la cuna de los ideales y la fogosa inquietud.

Definitivamente estamos frente a una novela cuya densidad de contenido se manifiesta en tres planos. En primera instancia, se puede definir como una novela psicológica por la profundidad y verosimilitud con que se expone la dimensión psicológica del conflicto. De ahí que se devela como una novela catártica, nacida de la necesidad de una conciencia crítica de evidenciar la corrupción. Y, en consecuencia, de esa denuncia, resulta su carácter político.

En su andar, el escritor descubrió como dijo Julio Cortázar, que "la literatura es un acto íntimo, amoroso", y, cautivado, se dejó llevar por las posibilidades infinitas que le ofrecía la escritura. Y así, un mismo contenido político y una misma vivencia aflora en tres creaciones literarias diversas.

Ciertamente, si en el ensayo expone rigurosamente un planteamiento político, en la novela cobra vida la dimensión humana del conflicto que supone la defensa de esos planteamientos, y finalmente, el texto poético - Entre memoria y olvido- recoge una expresión más íntima del dolor y el sufrimiento.

Algunos textos, por su contenido, interpelan de manera particular nuestras creencias e ideas. Esta novela posee el gran mérito de escudriñar en los múltiples componentes de un proceso que va construyendo una posible verdad. Al abordar el tema desde puntos de vista sistemáticamente contrapuestos, se develan, poco a poco, a la luz de un razonamiento lógico pertinente, los trasfondos de la política y la concentración de poder en manos de unos pocos.

El texto guarda la estructura polémica propia del movimiento de confrontación suscitado por las fuerzas en conflicto. Si bien en ese enfrentamiento Antonio es derrotado por los turbios manejos de la autoridad política superior, su desafío se torna mayor por cuanto deja su huella para que pueda ser seguida por el lector ya que su indefensión, más allá de lo personal, se vuelve denuncia y en última instancia, advertencia.

Tan enriquecedora propuesta trasciende la usual función prescriptiva que alivia la tarea analítica del receptor y satisface el afán mesiánico de quien escribe.

En consecuencia, corresponde a lector valorar el peso de cada argumento, en el tejido textual se expone lo necesario para forjar y sustentar una opinión, la cual, pasará necesariamente por el tamiz de la historia personal y la circunstancia de cada cual.

El enfoque propuesto sugiere la necesidad de reflexionar sobre el devenir de ciertas prácticas peligrosamente ancladas en la sociedad.

A todas luces, *Yo soy la autoridad política superior*, constituye un aporte indiscutible a la sociedad costarricense. Con esta desafiante novela, Alex Solís, contribuye tanto a la cultura política de este país como al desarrollo del espíritu crítico, consolidando así, un innegable legado socio-cultural.